

ACCION

Organo de la Juventud Católica
de Bachillerato de la U. P. B.

Director: JORGE ACEBEDO LONDOÑO

Año III

MAYO DE 1954

Nº 11

—EDITORIAL—

Sale hoy la segunda entrega en este año del periódico "Acción" órgano informativo de la Acción Católica de Bachillerato. Ve la luz esta edición enmarcada en las miras de estrechamiento espiritual del estudiantado —al cual nos colocamos irrestrictamente a sus órdenes—, reorganizada en su dirección, en su material y en su forma.

En cuanto a lo primero, afloramos el deseo de que la publicación se convierta en un vocero del estudiantado en el cual pueda colaborar libremente, y coadunar su buena voluntad a la nuestra en el empeño de "hacer cosas grandes en un ambiente chico". Sépansenos entender: es necesario que el joven no se reduzca únicamente al texto de estudio descuidando la ilustración general y las demás funciones idealistas que forman parte de la idoneidad del alma en su operación sublime. El adolescente es exaltado, mas peca por pesimista y quizás por pusilanimidad, pero, con un poco de calor que nos inyecten se logra crista-

lizar grandes quimeras. La juventud es fuego lo que requiere es un conducto por el cual pueda desembocar su fogosidad sabiamente.

El material de lectura será místico amalgamado con el elemento profano porque como dice Chesterton, "en este mundo moderno, la verdad debe ir patas arriba para atraer la atención". Así mezclaremos el tópico religioso con artículos amenos, formativos e interesantes. Habrá, así mismo, mayor número de colaboraciones pues la ampliación lo presupone. Otra meta a alcanzar es la "tirada" quincenal en vez de la mensual que se ha venido haciendo, hasta el presente. Realizando un esfuerzo pecuniario pero con las esperanzas puestas en la Providencia, iniciamos una etapa de superación, invitándolos a intervenir con sus ideas en el ambiente estudiantil de nuestro opúsculo periodístico.

Confiamos en su ánimo emprendedor y esperamos sus cooperativas admoniciones.
Jorge Acebedo Londoño



Pagaolo
Señor estudiante: acostumbre usted MALTA CERVUNION; es una bebida refrescante, alimenticia y que compensa el desgaste de su esfuerzo diario.

LA BEBIDA DE LOS DEPORTISTAS
BIBLIOTECA
U. P. B.

PAGINA MARIANA EL PRIMER AMOR DEL MUNDO

El mes de mayo

El mes de mayo tuvo origen en un colegio católico. Fueron unos estudiantes los que por primera vez honraron a María durante todo el mes de mayo.

Por qué fue el mes de mayo el escogido para honrar de manera especial a la Santísima Virgen María? Esta pregunta la formulamos con frecuencia pues consideramos que entre nosotros no es este el mes de mayor alegría, ni el de más bonitos días y más hermosos atardeceres. Es con frecuencia un mes de intensas lluvias, de días negros, de fuertes fríos. Por qué escoger un mes de éstos para honrar a la que estoda encanto y alegría, blancura y candor?

La respuesta es sencilla. El mes de mayo como mes dedicado a honrar a la Santísima Virgen no tuvo origen entre nosotros sino en Europa donde el mes de mayo es llamado el mes de las flores ya que durante él los campos lucen con la hermosura de una naturaleza exuberante. En Europa es un mes alegre, de días apacibles, de serenos atardeceres.

En 1664 unos estudiantes de un colegio de padres jesuitas en Colonia fueron los que inauguraron los ejercicios del mes de mayo. Medio siglo más tarde se multiplicaron los Manuales impresos sobre esta devoción y se trabajó por propagarla en todo el mundo.

Escogieron este mes por ser el mes de las flores. También porque la Iglesia en su liturgia apropió a María aquellas palabras del Cantar de los Cantares: "Levántate amada mía, paloma mía y ven. Porque ya pasó el invierno, cesó la lluvia, las flores han aparecido en nuestros campos, ha llegado el tiempo de la poda y se oye la voz de la tortolilla".

Hay en la vieja abadía de Cluny un capitel antiguo que lleva en medio de una aureola la figura de la Santísima Virgen a cuyo alrededor se lee este gracioso hexámetro latino:

"Ver primos flores,
primos adducit honores".

cuya traducción castellana es; la primavera con las primeras flores tributa los primeros honores (a María).

Es que la primavera, cuyas bellezas nosotros no conocemos pues no tenemos las cuatro estaciones del año, con el despertar de la naturaleza, con la fecundidad de los campos y la hermosura de los paisajes es un hermoso símbolo de lo que es María en la primavera del espíritu donde la naturaleza caída surge a la nueva vida de la gracia mediante la Encarnación y la Redención.

En nuestra capilla tenemos adornado el altar de María para honrarla durante este mes de mayo. Pero, escúchame, joven: de nada sirve ese altar de la capilla si a María no has levantado un altar de amor en tu propio corazón. Eres apasionado por el amor, verdad? Quieres amar y quieres ser amado. He aquí una mujer que te ama y que desea que la ames; es María. Ella es el primer amor del mundo. Así la ha llamado el Obispo auxiliar de Nueva York Monseñor Fulton Sheen, el apóstol de la televisión en Estados Unidos, quien en su libro dedicado a María, trae títulos tan sugestivos para la época moderna como estos:

El amor comienza con un ensueño.

Hombre y mujer.

Las siete leyes del amor.

La mujer y el átomo.

Adelante, joven bolivariano, tienes que ser fiel devoto de María si quieres triunfar en esta vida contra todos sus enemigos. Te avergonzarás alguna vez de ser devoto de María? Lejos tal pensamiento. Te lo impide tu mismo carácter de bolivariano.

Javier Piedrahíta E. - Pbro.



QUE ESPERA USTED DEL SACERDOTE?

Carta de Francois Mauriac

Señor Canónigo:

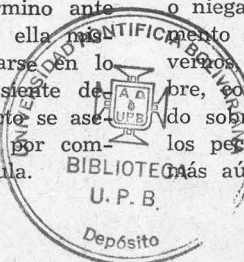
Debo confesarle, que mi primer impulso al leer su carta, fue estrujarla y arrojarla al canasto. *¿Qué es para usted el sacerdote? ¿Qué espera usted del sacerdote?*, me pregunta usted. Los promotores de encuestas, así sean canónigos, tienen harta audacia: no se dan cuenta que restablecen la costumbre de la confesión pública. Ciertamente es que se dirigen sobre todo a los escritores, cuyo oficio consiste, precisamente, en contar su historia a todo el mundo, y bien sabemos hasta dónde han llegado en este sentido después de Juan Jacobo. El erotismo queda relegado a segundo término ante ese gusto de la abyección por ella misma. El erótico no cree deleitarse en lo que lo degrada, pues no se siente degradado, en tanto que el abyecto se asemeja al enfermo que termina por complacerse en el olor de su póstula.

¿Se pregunta usted, señor Canónigo, a dónde quiero ir a parar? A esto: a que yo, como la mayoría de mis colegas, no he hecho en toda mi vida otra cosa que hablar de mí mismo aunque no, sin duda, a la manera de aquellos que "cuentan" su mujer, su vicio o su manía. Discreción y también, acaso, prudencia: virtudes nada heroicas. Pero, ¿quién sabe si no hay en el abyecto una especie de virtud corrompida y si no debemos anotar en su favor la exigencia que siente de ser tenido por lo que es, la necesidad de estar seguro que ya nadie se llamará a engaño a su respecto? Puede decirse que su corrupción consiste, no en la confesión que hace de ella, sino en el orgullo con que la hace y en la utilización de lo peor que hay en él y de lo inmundo, que es la infamia particular del escritor cuando se siente incapaz de crear nada, ni siquiera de superar nada.

Pero, ¿no hay también una tendencia a la exhibición en el autor que se complace en describir sus coloquios con Dios, y la edificación no es en este caso una máscara para disimular la misma avidez? Heme, pues, obligado a reconocer que le he dado a usted el derecho de interrogarme tan indiscretamente: "Y bien, ¿qué piensa usted de ese hombre que viste sotana?"

La respuesta solo será fácil para aquellos que han llegado a la Iglesia en edad adulta y por deliberada elección. En lo que a mí respecta, desde que tengo memoria, los sacerdotes han estado en mi vida. Mi madre, viuda, seguía estrictamente las normas que le fijaban sus directores espirituales; y en cuanto a mi abuela, tenía en su jardín una capilla privada, donde se celebraba la misa. Allí, en ese ambiente aromado de heliotropos y geranios, encerrado en una zona ardiente de silencio, me sentía, un niño aún, en ítima comunión espiritual con la pequeña hostia.

El sacerdote ha seguido siendo para mí lo que en la alborada de mi vida. Pero ante todo y sobre todo, el que concede o niega la absolución; el que, en el momento que levanta la mano para absolver, se identifica con el Hijo del hombre, con Aquel a quien le ha sido dado sobre la tierra el poder de perdonar los pecados. Poder que nos deslumbra más aún cuando no tenemos que confe-



ACCION

sar ninguna falta grave, pues es entonces cuando la Gracia inherente al sacramento de la penitencia actúa en su estado de pureza, si puedo decirlo así, y la sentimos hasta en nuestra carne. Aquellos que atribuyen a la Iglesia el mérito de haber inventado antes que Freud una terapéutica de la confesión, no saben lo que dicen. Lo que nos libera no es el hecho de sacar a la luz nuestra abyección, sino un gesto, una palabra, un poder. ¿Qué es para mí el sacerdote? La conjunción de la potencia del Creador y de la imperfección humana en un mismo ser. Y aquí debo confesarle una gracia que he recibido y que, si he de dar crédito a las confidencias, no es muy común: he tratado desde los primeros años de mi vida a numerosos sacerdotes, sin encontrar jamás a ninguno que me escandalizara o me hiciera mal: al contrario, muchos de ellos me han edificado con su ejemplo y no pocos, en las andanzas de mi destino, me han servido de guía y apoyo. Tengo a este respecto recuerdos de los cuales solo a Dios hago partícipe, pues el mismo el mismo sacerdote ignorará la gracia de la cual ha sido intermediario, hasta el momento en que, pobre obrero agobiado y rendido, llegue al umbral del gozo eterno y su humildad se sorprenda de la palabra que le será dicha y de la recompensa que le será dada.

El sacerdote, hombre que perdona los pecados, consagra para mí la hostia. Me dirá usted que eso es él para mí y para todos. Pero ¿qué es —preguntará— para mí en particular? Pues eso y no otra cosa: el hombre que, después de haber perdonado, pone la hostia en mi boca; el que, antes de dármele, la eleva un instante por encima del copón, de tal suerte que yo no puedo disociar, en mi mente ni en mi corazón, a un sacerdote, por mucho que sea mediocre, de este acto que cumple cada mañana, de esa ofrenda de Dios a Dios y de Dios al hombre que comulga, de un hombre que he sido a menudo yo mismo.

¿Me atreveré, ahora, a confesar lo que he tenido la sinrazón de no esperar del sacerdote? Solo le pido y espero de él que me dé a Dios, no que me hable de Dios. No subestimo el ministerio de la palabra, pero esa es, en resumen, la personal pretensión mía que usted deseaba

conocer. Para mí la predicación eficaz del sacerdote ha sido siempre su propia vida. Un buen sacerdote no tiene nada que decirme; yo le miro, y eso me basta. Me basta asimismo la liturgia, que es una predicación silenciosa. ¿Cómo comprendo lo que quiero decir Kierkegaard cuando escribe que Dios es alguien a quien se habla, no Alguien de quien se habla! ¡Cómo me inspiran lástima los protestantes, cuyo culto se reduce a la palabra! Santa liturgia: única predicación que me conmueve y me persuade. No hay predicador con el cual al cabo de un par de frases no me sienta en desacuerdo. El orador me parece igualmente temible si es elocuente como si no lo es. ¿Que hay excepciones? ¡Por supuesto! (De una de ellas me congratulo cada domingo en la misa radiodifundida: el Padre Avril y el otro sacerdote que a menudo lo reemplaza, y me complace pensar que millares de personas los escuchan).

En una palabra, señor Canónigo, ¿qué es el sacerdote, para mí? es Cristo. ¿Qué espero del sacerdote y qué recibo de él? Cristo. El sacerdote me da a Cristo en su potencia, pero me lo muestra en su sufrimiento. En el crepúsculo de mi vida, puedo decir que sé lo que sufre un sacerdote, no tanto como se piensa, en sus primeros años de profesión. En un ser elegido, la juventud es el tiempo del don de sí mismo hasta la locura; pero en la edad mediana en la hora de la fatiga, de las decepciones, de los fracasos, el sacerdote experimenta a menudo en su carne, en su corazón de carne, la añoranza de la humilde dicha humana, de los hijos, sobre todo: ¡siempre los hijos de los otros y jamás los suyos! ¡Qué milagro parece cuando se piensa en ello, que tantos miles de hombres y de mujeres acepten ese sacrificio y se releven de generación en generación, y que la mayoría de ellos lleven esa cruz hasta el fin sin flaquear! Jamás olvidaré el acento con que aquella joven hermana de San Vicente de Paúl, muerta ya, le dijo cierta vez, de pronto a mi mujer: “¡Ah, señora, qué feliz es usted!” Y releo las cartas de aquel Padre Remy Pasteau, vicario de Notre Dame de Plaisance, muerto por el enemigo el día de Pentecostés de 1940: “...¡Cuánta fatiga hay que arrastrar de la mañana a la noche, en la agobiadora tarea de una parroquia! Ca-

ACCION

tecismo, obras... Y, en aquellos tiempos, casi todos los días entierros: un horror tan grande, que apenas podía orar, apenas podía asumir, al menos exteriormente, la actitud un poco compasiva que en muchas oportunidades, asumí, sin saberlo, lo más duro de la prueba de alguien que me es querido, y que nada de tanto necesitaban estas pobres gentes... Quiero creer que entonces, como antes todo aquello es inútil. Vivo sin ninguna esperanza, pues no es esperanza la espera..."

¿El cura de la aldea de Bernanos? Sí, ciertamente. Pero la santidad del humilde vicario de modelo corriente, no es de ese orden. Como un pan negro, pero distinto, y ningún ángel baja a enjugarle el sudor de la frente. El drama del sacerdote jamás ha sido escrito. El pecador se entrega a él como a Dios mismo, como si el sacerdote no fuera también un hombre tentado, afligido. ¡Cuántas veces se ve en la obligación de comunicar una fortaleza que él mismo no tiene, de predicar un amor cuyo mísero fuego solo su voluntad mantiene vivo en él! No tiene el derecho de levantar jamás las manos y, siquiera por un minuto, despreocuparse del problema.

¿Los canónigos no leen *Masses Ouvrières*, la revista de la J. O. C.? Yo sí, hay en ella confidencias que mueven a larga meditación, como aquella aparecida en el número de noviembre: "La atmósfera de

ciertas parroquias plantea trágicamente el problema de la perseverancia de los jóvenes vicarios en el ideal sacerdotal y pastoral que alentaban al dejar el seminario". Lea usted alguna vez, señor Canónigo, las cartas firmadas por "Un Vicario". ¿Es usted, como yo, sensible a esta queja de la soledad con Dios?... "...Vuelvo a encontrarme solo ante una tarea nueva para mí. Sólo con Cristo, es verdad, pero a pesar de todo hay momentos en que uno se tambalea, en que siente la necesidad de una ayuda visible... Si por lo menos nuestros curas confiaran en nosotros!"

¿Qué es para mí el sacerdote, señor canónigo? Vivo o muerto, es siempre uno de aquellos en quienes pienso cuando desespero del hombre y la tentación del desprecio me sube a la garganta. En el fondo, y sin que ellos lo sepan, los sacerdotes son los únicos verdaderos poetas, los únicos que han optado por lo absoluto y que, mucho más que Rimbaud y todos los ídolos de la juventud de hoy, se alejan del mundo; los únicos que, aceptando recibir ese signo para la eternidad, queman todas sus naves detrás de ellos. El hecho de que algunos flaqueen, no quita nada al valor del gesto que asumieron en cierto momento, al valor de esa prosternación, con el rostro hacia la tierra, del día en que se dieron. ¿Que existen sacerdotes mediocres? Ya lo sé. No olvido a los funcionarios, a

DISTINTO - NUEVO - SUPERIOR



Chocolate
CORONA
para su hogar

S-86



ACCION

los padres Gorenflot (cada generación tiene el suyo), a los que para evangelizar en los bares, creen en el valor apologetico del codo levantado y de la pipa. No olvido sobre todo, a los más desdichados de todos los hombres: "los sacerdotes en quienes ha muerto la fe en ese poder que nos prosterna a sus plantas, prisioneros de lo que no es ya para ellos sino un mito... Pero ¡qué idea más estrecha nos hacemos en los medios católicos del "mal sacerdote!" ¡Qué poco falta para que les pongamos un cartel a aquellos que luchan, y caen y vuelven a levantarse! ¡Qué feroz es nuestra exigencia respecto a ellos! ¡Qué temeridad la de anticiparnos al juicio de Dios! Un escritor católico, ya en el ocaso de su vida, sabe muy bien que él mismo está a merced de esa misericordia que se les niega y que no puede separar su causa de la de ellos.

Jacques Maritain escribió en cierta ocasión que al hombre de letras le incumbe tal responsabilidad, que le es pre-

ciso llevar el sufrimiento hasta el borde de la locura; que no llegó él mismo a ésta por contar con la protección de sacerdotes muertos y vivos, y que no ignora que cada mañana, en su iglesia desierta, más de un humilde padre evoca su nombre en el instante de la consagración, en el supremo instante en que ya no es el sacerdote. Y bien; yo sé, también yo, que en ese momento mi nombre es pronunciado dulcemente, en voz baja.

Me ha inducido usted, señor Canónigo, a sacar a luz lo que debería estar escondido en lo más profundo de mi alma, pues acaso también a estos secretos se aplican las palabras del Apóstol referentes a los misterios de la abyección: "Que no se suscite jamás entre vosotros esta cuestión..." de todos modos, gracias a sus preguntas yo habré testimoniado en favor de tantos buenos y santos sacerdotes que he conocido; y esto le agradezco.

Francois Mauriac

DIA DE LA MADRE

Los católicos celebramos el día de la madre en el mes de mayo con actos religiosos ofreciendo por ella, sea viva o muerta, nuestras oraciones a Dios. Si ella está viva fuera de los actos religiosos se acostumbra hacer a la madre alguna manifestación externa del amor con lo cual se regocija el corazón pues ve en su madre exaltadas las virtudes de la mujer y hechos realidad los principios católicos del matrimonio cristiano y de la dignidad de la maternidad.

Queremos a nuestra madre no solamente por los vínculos naturales que a ella nos une sino porque vemos en su frente brillar la aureola de una fidelidad

conyugal guardada según lo manda el Evangelio, y dignificada la sublime función de la maternidad, función impuesta por Dios a la mujer para la propagación del género humano. Esa maternidad no luce con todo su esplendor sino en la madre verdaderamente cristiana; en la madre protestante o de cualquier otra religión esa maternidad se ve opacada o por las sombras del divorcio o por la ausencia de ese místico simbolismo del matrimonio cristiano de dignificar la unión de Cristo con la Iglesia.

Nuestra mente no puede expresar con palabras lo que es la madre pero nuestros corazones lo sienten en lo íntimo de su ser.

Sal yodada y refinada

"M E D E L L I N"

Extraseca. - Su médico la aconseja

Pídala en graneros y Plaza de Mercado



BOLIVAR

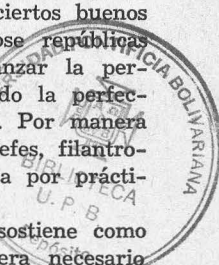
Al hablar de Bolívar no quiero hacer la síntesis de la biografía de ese genio inmortal, de ese carácter de acero que se templaba más y más con las derrotas, de ese hombre que cuando su cuerpo parecía sucumbir en manos de la muerte y cuando todo parecía perdido, responde a don Joaquín Mosquera que su único anhelo es el de triunfar, de ese héroe en fin, que cruza los mares, atraviesa la llanura ilímite y remonta los Andes en busca de la liberación americana; ni es mi deseo relatar en breves líneas la epopeya libertadora, enjambre de heroísmo en que la audacia en el mando de unos cuantos soldados vencía las tropas veteranas de la Península; ni recordar esas campañas memorables y esas heroicas victorias que sellaron por completo la independencia de estas tierras de Colón; sino resumir algunas de las ideas que tenía Bolívar acerca del gobierno de los países por él libertados.

Llegamos al manifiesto de Cartagena, primer documento en que expresó el Libertador algunos conceptos sobre los sistemas de gobierno, que, según su visión

clarísima, debían adoptarse en los nacientes estados americanos. Vemos allí cómo critica la adopción del sistema tolerante, "El más consecuente error que cometió Venezuela al presentarse al teatro político, decía, fue sin contradicción, la fatal adopción que hizo del sistema tolerante..."

Los códigos que consultaban nuestros magistrados, sigue diciendo en el mismo manifiesto, no eran los que podían enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han formado ciertos buenos visionarios, que imaginándose repúblicas aéreas, han procurado alcanzar la perfección política presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano. Por manera que tuvimos filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por práctica y sofistas por soldados.

En el mismo manifiesto sostiene como en los países americanos era necesario evitar a toda costa el régimen federal, para establecer un gobierno que se identifique, por decirlo así, al carácter de las circunstancias de los tiempos y de los hombres que lo rodean. Y es que el Libertador estudiaba el medio social en que le había tocado actuar y así sostenía, an-



te el Congreso de Angostura que las leyes debían ser la expresión de la naturaleza y de la psicología de este pueblo que según el mismo afirma: "no es el europeo, ni el americano del norte, que mas bien es un compuesto de Africa y América, que una emanación de Europa.

En su Carta de Jamaica el Libertador revela su vasta preparación intelectual, su agudo sentido crítico, su espíritu de observación y un profundo conocimiento de la psicología de todos los pueblos de la América española, a más de su organización social y política y las esenciales características de cada país en relación con el clima, medio físico, moral e intelectual. Un sociólogo moderno no hubiera buceado tan certeramente en las profundidades del medio social del continente. En este sentido fue también el primer sociólogo americano, mucho antes de que la sociología adquiriese la consistente uniformidad de una ciencia.

Así como en el Manifiesto de Cartagena el Libertador se había revelado como un verdadero tratadista de Derecho Político, en la Carta de Jamaica, se presenta ante la posteridad como un verdadero profeta, vaticinando con genial visión el porvenir y todo esto lo escribe en 1815 cuando todavía la Independencia se debatía entre la barbarie y la anarquía.

En el discurso pronunciado ante el Congreso de Angostura el 15 de febrero de 1919 reaparece como defensor de la democracia, pues creía que este era el sistema más apto para gobernar en Venezuela. Dice al respecto: "Sólo la democracia es susceptible de una absoluta libertad..."

Aunque nunca fue partidario de imitar el gobierno de los americanos del norte, si lo fue de adoptar en su patria algunos de los puntos de la constitución británica; pero les dice a los congresistas de Angostura: "Por perfecta que sea estoy muy lejos de proponeros su imitación servil". Les propone la adopción de un poder legislativo semejante al parlamento británico, les dice que la Cámara de Representantes no es susceptible de reforma esencial; y en cuanto al senado, piensa que en vez de ser electivo debe ser hereditario, para servir así de intermediario en los conflictos entre el go-

bierno y el pueblo, porque al ser hereditario, no debería su origen, como es natural, a ninguna elección del gobierno ni del pueblo, y sería un cuerpo neutro independiente de ambas entidades. En tratándose del poder ejecutivo quiere que en Venezuela ejerza ese poder un presidente, nombrado por el pueblo o por sus representantes cada cuatro años.

Otro de los grandes documentos escritos por el Libertador es la Constitución Boliviana, la que habiendo sido puesta a la consideración del Congreso del alto Perú fue adoptada con una modificación: prescribir la religión católica para el estado, con exclusión de otro culto, pero Bolívar no había querido incluir en ella ningún artículo sobre religión. En el mensaje con que acompañó esta carta, decía al Congreso, entre otras cosas, lo siguiente: "En una constitución política no debe prescribirse una profesión religiosa. Los preceptos y los demás dogmas sagrados son útiles, luminosos y de evidencia metafísica, más este debe ser moral, no político.

Dicha constitución que fue adoptada también en el Perú dividía el poder en cuatro secciones: electoral, legislativo, ejecutivo y judicial, en donde se reúne, en la forma más admirable toda la ideología política del Libertador.

Su vida se extingue en la desilusión y el olvido. Los que lo habían acompañado en sus horas de gloria, los amigos de otros días se convertían en sus verdugos, pero él los perdonó: "Si a mi tumba, es a donde mis conciudadanos me han consignado. Les perdono. ¡Si al menos pudiera tener yo el consuelo de saber que permanecerán unidos!"; decía en su última proclama.

El 17 de diciembre de 1830 muere Bolívar en el mundo para nacer en la inmortalidad. Su gloria crece y se ensancha cada día. Bien se había dicho antes: "Con los siglos crecerá vuestra gloria, como crece la sombra cuando el sol declina".

José Mejía Toro

La AUDEA informa: que todo joven de cuarto año en adelante puede pertenecer al departamento pre-universitario. Para mayores informes entenderse con Jorge Acebedo L. de sexto año o con Octavio Lopera de quinto año de bachillerato.